

## **DERISI, TOMISMO Y MODERNIDAD**

Parecería lógico pensar que los prodigiosos avances técnicos en materias de comunicaciones han logrado - según una conocida metáfora – “anular la distancia entre el hemisferio norte y el hemisferio sud”, entre Europa y América. Pero no es así. Quienes hemos podido viajar del sur del continente austral al nórdico más de una vez, comprobamos que aun entre personas cultas no ha desaparecido en los últimos cincuenta años ese desconocimiento de las distancias que median entre el viejo y el nuevo mundo.

Cuando terminé mi doctorado en la Universidad “Santo Tomás de Aquino” de Roma, donde tuve compañeros y amigos de Colombia y de Brasil, me despedí de los que quedaban en Italia como estudiantes o como simples conocidos. Casi todos me auguraban que si en la Ciudad Eterna, atrapado por trabajos prácticos y exámenes, no había podido encontrarme muy seguido con mis amigos, ahora podía hacerlo dada la cercanía entre Argentina y Colombia o entre Buenos Aires y Río de Janeiro.

En el año 1979 se celebró un Congreso Internacional de Filosofía Cristiana en Córdoba (la nuestra, no la española). Participaron muchos europeos. Todos, sin excepción, se mostraron asombrados por el nivel alcanzado por expositores sudamericanos que consideraban muy inferiores. Ignoraban que desde el siglo XVII, y aun antes, había una notable producción filosófica y muchas publicaciones llegaron a Europa.

Este desconocimiento explica por qué pensadores como Octavio Nicolás Derisi no aparecen en las historias de la filosofía, salvo en la de Teófilo Urdanoz que en sus ocho volúmenes, casi 5000 páginas, dedica una y media a Derisi, al que considera “uno de los expositores e intérpretes más claros, profundos y coherentes del sistema tomista en clave moderna” que “debe figurar en primera fila en el ámbito internacional”<sup>1</sup>.

Esta es la razón de este trabajo sobre la persona y obra de quien ha sido el más destacado tomista de la Argentina. Su importancia ha sido reconocida por autores argentinos por nacimiento o adopción, aún los que no comulgan con sus ideas y no le ahorran sus críticas como Luis Farré quien sin duda exagera su agresividad ante las desviaciones inmanentistas de la filosofía moderna cuyo influjo conoce muy bien<sup>2</sup>.

---

<sup>1</sup> URDANOZ, Teófilo, *Historia de la Filosofía*, B.A.C., Madrid, 1985, vol. VIII, p. 505

<sup>2</sup> FARRÉ, L., *50 años de Filosofía en Argentina*, Peuser, Buenos Aires, 1958, p. 262-272

Recordemos que Derisi nació en 1907 en Pergamino (provincia de Buenos Aires). Estudió en una escuela pública y después ingresó en el Seminario de Buenos Aires, entonces regido por los jesuitas catalanes. Allí hizo los cursos correspondientes al nivel secundarios, después tres años de filosofía, marcados por la impronta de Francisco Suárez, y cuatro años de teología, con la misma orientación.

Terminó sus estudios de teología en 1929. En dos biografías, la citada de Urdanoz y la de Caturelli<sup>3</sup> se dice que se había doctorado en filosofía al terminar los cursos de esta disciplina y también al finalizar los de teología. No se aclara que estos doctorados carecían de validez en el orden civil. Eran una concesión de la Santa Sede a la Orden de San Ignacio que la habían extendido a los alumnos eclesiásticos de los jesuitas. Ambos se obtenían con un examen oral y escrito sobre toda la filosofía y sobre toda la teología, sin presentar una tesis en cada caso. Se llamaban exámenes “de universa philosophia” o “de universa teologia”.

En 1930 trascendió que la Santa Sede iba a anular los privilegios concedidos para el otorgamiento de títulos académicos. De este modo, los títulos eclesiásticos serían iguales a los civiles en cuanto a sus exigencias. En 1930, lo que se exigía para el doctorado pasó a ser propio de la licenciatura (con algún agregado); el doctorado tendría cursos especiales con trabajos prácticos y exámenes y se debería exponer una tesis en un acto público.

Pronto se conoció la realización de la reforma. Los seminaristas que terminaban sus estudios estaban preocupados por los documentos recientes del Vaticano que insistían en la invitación a seguir fielmente a Santo Tomás cuando sus superiores preferían a Francisco Suárez, el más difundido de los teólogos jesuitas, que en algunos puntos clave difiere de Santo Tomás, pero siempre dentro de la ortodoxia doctrinal católica. Como había sucedido en otras oportunidades, pronto hubo en la Iglesia “tomistas” y “suaristas”, aun entre los estudiantes de los seminarios.

Este hecho, en sí poco trascendente, cambió la vida de muchos, entre ellos la de Derisi. Por un acuerdo entre el Episcopado latinoamericano y la Compañía de Jesús, los jesuitas se hicieron cargo de la dirección y administración del Colegio Pío Latinoamericano que los obispos de esta región habían hecho edificar para albergar a los seminaristas que estudiaban en Roma. La condición era que cursasen en la Universidad Gregoriana de los jesuitas.

---

<sup>3</sup> URDANOZ, T. o.c.; CATURELLI, A., *Historia de la filosofía en la Argentina*, Universidad del Salvador, Buenos Aires, 2001, p. 809

Al obispado de La Plata le correspondía becar a un platense para obtener una licenciatura o un doctorado (según la nueva reglamentación aún no vigente). El obispo Monseñor Alberti consultó al rector del seminario de Buenos Aires (Villa Devoto), padre José Lloverola, donde cursaban los futuros sacerdotes platenses. El jesuita le contestó que había no uno sino dos platenses que merecían ir a Roma y que se debía elegir.

Todo parecía que entre Octavio Derisi y José Tumini el elegido era el primero, sobre todo porque, adelantándose a otros, había presentado una tesis *Esencia del sacrificio de la Misa* que mereció el doctorado (de acuerdo con la reglamentación de entonces) y aun una medalla de la Santa Sede.

Contra lo que se esperaba, el elegido fue Tumini. La voz que se corrió afirmaba que entre un tomista y un suarista, el Rector que era suarista había elegido al que era afín a sus propias preferencias doctrinales. Derisi, que era amigo de Tumini, se mostró muy complacido por la elección de su compañero. A pesar de que en su época muchos consideraban que era una injusticia, nunca tuvo Derisi la menor queja. A lo más decía: “Yo no puedo juzgar a nadie, menos a mis jueces”.

Tumini viajó a Roma. Allí se doctoró en teología de acuerdo con la nueva reglamentación y allí fue ordenado sacerdote. Derisi quedó en Buenos Aires y fue ordenado sacerdote en la capilla del Seminario de esta ciudad por el entonces Obispo Auxiliar de La Plata, Mons. Santiago Luis Copello que después fue Arzobispo de Buenos Aires y Cardenal Vaticano. El nuevo presbítero fue designado profesor en el Seminario de La Plata y, a principios de 1931, entró a formar parte del cuerpo de docentes.

En el seminario platense, fundado siete años antes, ya funcionaban los cinco años correspondientes al nivel secundario más dos de los tres del “filosofado” en el que entonces se cursaban materias filosóficas, científicas y culturales. Derisi fue encargado de las cátedras de castellano, latín, griego y liturgia. Ninguna asignatura filosófica o teológica, pese a sus brillantes antecedentes. ¿Por qué? Tal vez por su adhesión al tomismo que ya le había impedido su traslado a Roma. Enseñaba el Pbro. Luis A. Borla, ferviente suarista.

Derisi nunca quiso averiguar los motivos de lo que él no consideraba una exclusión, contrariamente a lo que suponían sus amigos. Él consideraba que no correspondía al subordinado pedir cuentas al superior de sus decisiones. Por otra parte, muchas veces admitió que su opción por el tomismo era voluntaria, pero tuvo origen en los documentos de

la Santa Sede que recomendaban “seguir a Santo Tomás”. En este caso, no podría ser motivo de exclusión. Derisi entendió que la recomendación de “seguir a Santo Tomás” no era una prescripción. “El Magisterio de la Iglesia no desea imponer ningún sistema teológico particular y menos filosófico”, recordará años más tarde Juan Pablo II en *Veritatis splendor*.

Pero esto no impide que la Iglesia muestre preferencia por el tomismo. De hecho el Pontífice en ese mismo documento cita veinte veces a Santo Tomás. En 1934 todavía Derisi tenía cursos en el seminario pero siempre a nivel de colegio secundario. Así enseñaba Geometría, Aritmética, Álgebra, Castellano, Griego y Retórica. En cambio, el Pbro. Enrique Ciao dictaba Lógica y Ontología y el Pbro. Félix Díaz, Teodicea y Ética.

En 1935 comenzó Derisi a estudiar en la Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional de Buenos Aires. El hecho que un sacerdote se inscribiera en una universidad “laica” suponía una decisión del Obispo respectivo, sea la de enviar a uno de sus sacerdotes a un centro de estudios no católico sea al menos para autorizarlo a cursar en esa universidad.

En el caso del joven Derisi no faltaron quienes suponían que su obispo lo designara para seguir una carrera universitaria como “premio consuelo” por no haber sido elegido para estudiar en Roma. Pero es probable que el joven sacerdote haya pedido autorización para inscribirse en Buenos Aires pese a la incomodidad de viajar casi todos los días a la capital y el costo que ello implicaba.

Un mundo nuevo abrió sus puertas al que había vivido interno en el seminario de Buenos Aires durante doce años, desde los doce a los veinticuatro. Había conocido la filosofía de profesores que eran padres jesuitas; ahora los profesores eran laicos; los filósofos modernos eran nuestros adversarios, ahora se los estudiaba con respeto y hasta admiración aun cuando se disentía de ellos. Derisi había tenido curiosidad en conocer no sólo sus errores sino cuál fue su pensamiento; estos profesores laicos lo exponían con amplitud.

En la Facultad de Filosofía conoció personalmente a filósofos argentinos: Coriolano Alberini, Alfredo Franceschi, Francisco Romero, Vicente Fatone, a quienes nunca había oído nombrar. Su curiosidad por la filosofía moderna no sólo se satisfizo sino que aumentó; se procuró sus obras, las leyó con detención. El fruto de este trabajo quedó plasmado en su primer estudio. En él compara la filosofía moderna con el tomismo, señalando coincidencias y divergencias.

Entre sus profesores había un católico militante, el Dr. Tomás Casares, crítico del positivismo; aunque de profesión abogado, había concursado y ganado la cátedra de filosofía medieval desde la que mostraba la superioridad del pensamiento católico frente a la pobreza de los autores positivistas. Al saber que un sacerdote estaba cursando filosofía, se acercó a él (era Derisi) y lo alentó en su carrera. Comenzó allí una amistad sólida y duradera. Aunque se afirme que Derisi se consideraba un discípulo de Casares, nunca en los muchos años que he vivido en una misma casa y con un trato diario con Monseñor Derisi le oí decir que fuera su maestro. Por eso me extrañó que en la dedicatoria de su obra *Filosofía moderna* lo llame “maestro del tomismo” y lo firme “con reverencia de discípulo”.

Puede ser que se tratase de una cortesía. También se asigna a Casares la creación de los Cursos de Cultura Católica tan beneméritos de varias generaciones de intelectuales cristianos. Yo mismo fui estudiante en esos cursos. Allí conocí personalmente a Casares, que era su director. Años más tarde, siendo ambos profesores en la Universidad Católica de Buenos Aires que surgió de esos cursos, quiso aclararme que él, considerado el creador de los Cursos, no lo era.

El verdadero padre de los Cursos de Cultura Católica fue el Padre Serafín Protin, un religioso francés que estuvo en Buenos Aires de 1930 a 1940. Hombre muy culto, convenció a un grupo de jóvenes que lo rodeó de que perdían su tiempo en discutir las objeciones científicas contra la religión, cuando sería mucho más eficaz organizar cursos en los que se mostraran los avances del pensamiento y la cultura debidos a la acción de pensadores católicos. Así nacieron los famosos “C.C.C.”, dirigidos por Protin.

Aunque ligados a cátedras no filosóficas, Derisi no dejó de cultivar la filosofía. Lo había entusiasmado un autor francés, convertido al catolicismo, Jacques Maritain, laico, ferviente tomista. Buen conocedor del pensamiento moderno en el que se había formado y decepcionado de sus fallas, halló en Bergson las respuestas realistas que necesitaba, aunque mezcladas con errores heredados de la modernidad. Mas tarde descubrió el tomismo y dedicó su vida a difundirlo.

Es fácil ver el influjo de Maritain sobre Derisi. Tras una presentación distinta las ideas, los enfoques y soluciones maritainianos, sin que signifiquen una repetición. Generalmente se consideraba a Derisi discípulo de Maritain. He sido testigo de la entrevista que le hizo un periodista bien informado. Le preguntó: “¿Es Usted discípulo de Jacques Maritain?”

Resueltamente Derisi le respondió: “No, yo soy discípulo de Santo Tomás.” Y añadió: “Pero Maritain me ayudó mucho a serlo”.

El primer trabajo filosófico que publicó Derisi fue una reseña a una obra clave de Maritain, *Les degrés du savoir* aparecida en París en 1932. Recordemos que una reseña ocupa generalmente no más de una página; sólo excepcionalmente puede llegar hasta diez en una revista especializada. Este primer escrito derisiaco ocupó ¡noventa y un páginas! en la revista *Estudios* de Buenos Aires en 1934. Es un índice clarísimo del enorme interés de su autor por el pensamiento de Maritain. Pero no lo consideró como un maestro sino más bien como un guía que lo acercó a Santo Tomás.

Lo que atrajo a Derisi fue la postura maritainiana: confrontar lealmente la filosofía moderna con el tomismo y extraer de esta comparación los aciertos y las fallas de la modernidad, coincidentes los primeros con el pensamiento tomista y solucionadas las fallas por la claridad tomista. Todo esto basado en los textos y por encima de ellos buscar el espíritu de modernidad de la que surgen las manifestaciones culturales.

Fruto de esta labor es el primer libro de Derisi, *Filosofía moderna y filosofía tomista* aparecido en Buenos Aires en 1941 y reeditado posteriormente. Todos sus trabajos posteriores desarrollan y aplican las conclusiones de esta primera obra. Sin duda y sin pretenderlo, en su notable y variadísima producción, quien llegó a ser el más renombrado de los filósofos católicos argentinos y el más importante de ellos, hizo en su primera obra un programa de fecunda acción.

Sólo en temática filosófica nos dejó 37 libros y 574 artículos, plétóricos de doctrina, meritorios no sólo por su contenido sino por ser perfectamente legibles para cualquier persona culta. Su preferencia por temas amplios (la cultura, el humanismo, la vida) no excluye el estudio particular de los personajes del drama filosófico (Aristóteles, San Agustín, Santo Tomás, Descartes, Kant, Croce, Gentile, Sartre) y de quienes lo han superado en época reciente (Mercier, Gilson, Maritain, Garrigou-Lagrange, Casares).

¿Cuáles son las conclusiones a las que llegó Derisi? La filosofía moderna al centrarse en el sujeto, cayó en el olvido del ser, invalidando así muchos y valiosos aciertos; el ser extramental quedó sustituido por el pensamiento; el hombre se encontró encerrado en sí mismo y cerrado su camino a la fuente de todo, el Ser Trascendente, Dios. En el orden práctico toda norma es producto de la razón humana. En el tomismo, centrado en el ser, la

visión comprende que el ser de las cosas y el suyo propio es imperfecto, contingente, finito, pero tiende a la perfección. Por la reflexión sobre las cosas y sobre sí mismo se va enriqueciendo y termina por el encuentro del ser absoluto, Dios.

Oigamos sus propias palabras:

“La filosofía moderna que ha progresado indiscutiblemente bajo no pocos aspectos – precisión de los problemas, planteos de cuestiones nuevas, precisos análisis de las actividad humana, etc. – ha perdido con su desarticulación del ser, el principio indispensable de solidez y fecundidad filosófica. Aun las auténticas contribuciones que al acervo de la cultura ha aportado están determinadas, a pesar de este principio fundamental que de iure la invalida en su raíz. La pérdida del ser ha condenado a este enorme esfuerzo de la filosofía de los últimos siglos – pese a sus verdaderas conquistas y al talento de sus brillantes representantes – a la discontinuidad y a la contradicción y desplazamiento interno con el consiguiente estancamiento y fracaso de sus sistemas”.

“El hombre medieval – cuya filosofía encarna S. Tomás – que ignoró mucho de las ciencias y técnica modernas, en su actitud de humildad se olvidaba de sí mismo, salía de sí a contemplar maravillado el mundo por que el que Dios le hablaba... encontró sin esfuerzo la plenitud de su ser con la integración de su ser en el ser trascendente y últimamente en Dios. Centrado en su punto de gravedad logró la unidad de su ser y de su vida... sostenida en el ser trascendente y como olvidada de sí misma, la inteligencia sale en Tomás en busca de su objeto que la perfecciona, el ser y por él llega y se centra en Dios, alcanzando su actualización con la posesión del Ser que es la Verdad suprema”.<sup>4</sup>

---

<sup>4</sup> DERISI, O.N., *Filosofía moderna y filosofía tomista*, 2ª ed., Ed. Guadalupe, Buenos Aires, 1943, tomo I, pp. 66-67